

por las explicaciones claras de García Fajardo o puede asumir el reto del juego heurístico y profundizar más y más, tanto como permite el lenguaje.

Este es un buen libro, pues sigue la necesarísima y casi recién abierta brecha de los textos de apoyo. Es alentador y estimulante ver que en adelante podremos citar autores mexicanos como García Fajardo que den cuenta de la lingüística con sus propias voces. En este sentido este libro es paradigmático y será un apoyo sólido, un punto de partida seguro para llegar —como maestro, como estudiante o como investigador— al vasto y complejo mundo del lenguaje. Este libro, como el lenguaje y como la voluntad férrea de su autora, tenderá sin duda “puentes seguros con el otro”.

REBECA BARRIGA VILLANUEVA
El Colegio de México

LUDMILA DAMJANOWA, *Particularidades del lenguaje femenino y masculino en español*. Sofía Press, Bulgaria, 1993.

Este interesante estudio intenta mostrar que existen diferencias en el lenguaje femenino y masculino en la literatura contemporánea de América Latina. Toma como modelo cuatro novelas: *La casa de los espíritus* de la escritora chilena Isabel Allende, y de la colombiana Márvel Moreno, *En diciembre llegaban las brisas*; y de los escritores colombianos Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, y Plinio Mendoza, *Años de fuga*. Estos textos, afirma la autora, al igual que cualquier texto literario, “no son un reflejo directo de la realidad, sino un reflejo intelectualizado, altamente subjetivo que abarca tanto las visiones del mundo del autor como los conceptos inherentes de la lengua que son resultado de una experiencia secular de toda la comunidad hablante, sin embargo, no por ello menos auténticos” (p. 14).

Ludmila Damjanowa, de origen eslavo, pero que ha conocido de cerca las diversas realidades de los mundos europeo y latinoamericano, eligió este tema para su tesis de doctorado con la intención de mostrar cómo aún en la actualidad el sexismo existente en nuestras sociedades se manifiesta con claridad en la lengua escrita. Existen, afirma la autora, y se siguen cultivando modelos de comportamiento lingüístico basados en la desigualdad entre los sexos; por ello, este trabajo, serio y bien documentado, que maneja una amplia bibliografía, constituye una importante aportación, no solamente a la literatura sobre este tema, sino a la imprescindible toma de conciencia de las mujeres escritoras para rescatar a través de la lengua un espacio que les ha sido negado.

El discurso sexista que ha prevalecido en la mayoría de las culturas se debe, entre otros muchos factores, a la subordinación a la que la

mujer ha sido sometida en la cultura patriarcal. Este hecho ha despertado la inquietud de muchos estudiosos, principalmente del mundo anglosajón y germánico, sobre diversos aspectos del sexismo en la lengua y sobre los rasgos del lenguaje hablado y escrito por ambos sexos. Sin embargo, no hemos visto esta misma reacción en el mundo hispanohablante y, según la autora, los pocos estudios con los que contamos centran su interés en aspectos más bien formales de discriminación de la mujer.

Muchas escritoras feministas se han quejado de no poder crear una imagen acertada y fiel de sus experiencias, deseos, líbido, etc., porque disponen de un léxico creado exclusivamente para satisfacer las necesidades expresivas de los hombres, esto es, porque se enfrentan a la pobreza de la lengua para expresar sus sentimientos, el deseo femenino y, en general, la sexualidad femenina. De ahí que, para la autora, los principales objetivos de este trabajo sean: *a)* la investigación de algunas de las razones históricas y culturales por las cuales se observan ciertas peculiaridades en el lenguaje, en este caso escrito, usado por las mujeres y los hombres, a pesar de pertenecer ambos, a una misma comunidad lingüística. El punto de partida es la reproducción de la jerarquía social en la lengua, la influencia de los papeles sociales y, en general, la identidad cultural basada en la diferenciación lingüística según el género de los escritores; *b)* la demostración de algunos de los mecanismos que nos llevan a percibir y valorar, de una manera determinada, las imágenes de cada sexo: por un lado se ve a los escritores como resultado de esta socialización y, por otro, se ofrecen interpretaciones de los textos que permiten ver el posible efecto sobre los lectores; *c)* finalmente, se trata de analizar las novelas de las autoras en relación con la evolución de la autoconciencia de la mujer escritora que la conduce a desprenderse, hasta cierto grado, de la tradición literaria masculina.

La investigación realizada en el presente trabajo puede definirse como semántica y pragmática. La atención está centrada también en la expresión lingüística de juicios/opiniones estereotipados así como en el efecto que esta expresión tiene sobre la interacción comunicativa (*language attitudes*). En este estudio se utiliza la metodología de la empatía del lingüista norteamericano Susumo Kuno, y se amplía el campo de la investigación de las estructuras sintácticas que Kuno propone, hasta las estructuras temáticas y semánticas.

En el segundo capítulo se analiza la distribución social de los papeles asignados al hombre y a la mujer, al lugar que esta última ocupa en la sociedad latinoamericana en comparación con la europea. Además, se ofrece un panorama general de la literatura escrita por mujeres en América Latina. Se analiza una serie de refranes españoles, reveladores de una ideología misógina reflejada en la lengua española que tiene secuelas en muchas expresiones actuales, cuyos sentidos semánticos reposan en ideas denigrantes o misóginas de épocas anteriores.

En el tercer capítulo el interés se centra en la perspectiva masculina o femenina y en el proceso de identificación del escritor con alguno de los protagonistas que se da al describir y valorar situaciones determinantes de la vida humana (como la relación sexual y el hijo natural). Los actos sexuales descritos son de varios tipos: violaciones, actos sexuales efectuados con brutalidad y actos sin agresiones. En este punto la autora señala que la elección de estos temas se debe a que ella considera que están cargados de emociones y pueden revelar los conceptos, tradicionales o no, que tienen los escritores de los papeles de la mujer y del hombre. La ideología sexista de la sociedad queda normalmente plasmada en la distribución de los papeles de los sexos en estas situaciones.

Más tarde la autora traza un panorama breve de la problemática de la violencia contra las mujeres en América Latina. Se discute también la cuestión relativa a la “objetividad”, rasgo que se atribuye generalmente a la idea de lo masculino, y la “subjetividad”, que tradicionalmente forma parte de lo femenino y que crea imágenes estereotipadas.

A partir de la teoría de la empatía, la autora muestra cómo en las descripciones que hacen los autores —varones— de diversos actos sexuales, con o sin violencia, el centro empático es siempre el protagonista varón y en muchos casos, señala la autora, existe una identificación casi total del narrador con éste. En general, nos dice, cuando los autores describen una relación sexual, la empatía semántica está centrada en el hombre: “él la arrojó sobre la cama. Le mordió el cuello, sorprendido, casi aterrado de su propia violencia, al tiempo que le abría la bata, desgarrándosela. Puta, se oyó decir, todavía sorprendido de aquella voz ronca y cargada de odio que era la suya. La sentía debajo de él, respirando muy fuerte, los ojos asustados. Eres una puta, volvió a decirle ... Sí, sí, oyó la voz de ella. Y luego en un cuchicheo, salvaje, imperioso: hazlo así, despacio, despacio” (*Años de fuga*, p. 203). En este ejemplo el centro empático es el protagonista. Se presenta a la mujer como objeto sexual que goza de la humillación y del maltrato y, de esta manera, se subraya el carácter contradictorio e irracional de la conducta femenina. El hombre ocupa el papel activo de acuerdo con los clichés: ellos no hacen el amor, “él la toma”; la desproporción es notable pues la mujer sirve de objeto sexual, aunque en este caso no haya habido violencia ni agresividad. Aquí resulta elocuente la cita que recoge la autora del escritor Mario Vargas Llosa: “Firmeza de carácter y valentía admirables: toda la participación que se exige de la mujer en el amor es sufrir sin quejarse, resistir el impacto del varón”.

Por el contrario, cuando las escritoras describen un acto sexual efectuado con violencia, el centro de empatía está en las protagonistas: “podía al fin nombrar la infamia: haber sido violada brutalmente a los diez años por su propio abuelo... atacando, no al culpable... sino a la víctima, la niña” (*En diciembre llegaban las brisas*, pp. 163-164). En términos generales, el lenguaje utilizado no es portador del menosprecio o la

agresividad hacia la mujer con los que la nefasta tradición patriarcal ha impregnado a nuestra lengua.

Resulta evidente, por otra parte, que todas las injusticias que las mujeres sufren de manera natural se vean reflejadas en las obras literarias; sin embargo, el interés se centra puramente en la forma porque la literatura y en general la lengua fortalecen y transmiten de generación en generación la idea del sexismo. De este modo se forma una imagen, cuya falsa “naturalidad” oculta la discriminación por el poder de la costumbre.

En el cuarto y el quinto capítulos se analiza el uso de la metáfora desde dos puntos de vista: desde las escritoras y desde los escritores; y el uso metafórico de las denominaciones de los colores. A este respecto la autora señala que la mayor parte de las veces se rechaza ideológicamente (verbalmente) lo que en realidad se acepta: la metaforización parece reveladora de visiones más profundas e inconscientes de la sociedad. En estos capítulos, asimismo, se detiene en la formación de los estereotipos sociales, los prototipos y su función como categorías cognitivas.

Algunas de las conclusiones a las que llega Damjanowa respecto al uso de las metáforas son las siguientes: las escritoras tratan temas nuevos, nuevas percepciones de la realidad y nuevos modos creativos de expresión, como una necesidad de resaltar lo que para el hombre no ha tenido suficiente interés, o no se ha logrado definir, y que ha dejado un vacío en la lengua. Los escritores varones, en cambio, utilizan metáforas convencionales o, cuando se refieren a protagonistas mujeres, con claras connotaciones negativas.

En el sexto capítulo se buscan las diferencias en el tratamiento de algunos temas tabú que se adoptan frente a la moral convencional, el tratamiento del cuerpo y la sexualidad en su expresión lingüística.

Antes de concluir, quisiera señalar que a pesar de que se observa un cambio de actitud en las escritoras, se trata más bien de una valoración invertida —la idealización de la mujer, pero asumiendo los roles tradicionales, sin la capacidad de decisión atribuida a los hombres—, en este cambio no se pone de manifiesto un uso realmente novedoso de la lengua. No basta con que las connotaciones de las metáforas sean positivas para que exista una verdadera innovación.

Damjanowa señala que, en las escritoras que estudia, los donadores de imágenes metafóricas usadas para caracterizar a las mujeres son, en este orden, plantas, agua, seres u objetos acuáticos, aves, seres mitológicos, fantásticos, deidades, niñas, animales, aire/soplo: “empezó a florecer, a abrirse como una planta capaz de resistir la violencia de cualquier intemperie porque tiene sus raíces clavadas... en la tierra” (p. 157), “creció como planta salvaje”, “su belleza de fondo de mar”, “parecía andar volando”, “era el alma de la gran casa”, frente a, por ejemplo, García Márquez, respecto de la ausencia de los varones Buendía: “Nos volveremos ceniza en esta casa sin hombres...” (p. 154). Esto es, se trata de las mismas metáforas tradicionales sólo que ahora se utilizan para referirse

a las mujeres, invariablemente con connotaciones positivas. Por el contrario, cuando las mujeres se refieren a los protagonistas varones, las connotaciones de las metáforas son casi siempre negativas. Y, por supuesto, en el caso de los escritores, cuando se refieren a una mujer, las metáforas que utilizan tienen, generalmente, connotaciones negativas (por ejemplo, son también animales, pero son culebras venenosas, serpientes, peligrosas medusas, arañas, pulpos, lagartas), cuando hablan de un protagonista varón, las connotaciones son positivas (también hacen uso de metáforas cuyos donadores son animales: “lobo bestial”, “cuello de bisonete”, “fuerza de un toro”); y se exagera la fuerza masculina: “su presencia daba la impresión trepidatoria de un sacudimiento sísmico” (pp. 171-172).

De esta manera, y cuando menos en lo que toca a a las escritoras elegidas como ejemplo (podría haberse elegido a otras autoras latinoamericanas, como Dulce María Loinaz, escritora cubana representativa de una literatura menos convencional), estaríamos más bien ante un “feminismo de la diferencia” (Amorós, *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Madrid, 1985). En estas escritoras se observa, como decíamos en líneas anteriores, un cambio de actitud respecto de la mujer protagonista, pero se conservan los esquemas tradicionales, se mantienen las dicotomías mujer-naturaleza (la madre tierra) y hombre-cultura. Estaríamos, según Giulia Colaizzi, en la segunda etapa de la historia del análisis feminista de los textos literarios: “aquel en el que el eje articulador de la mayoría de los trabajos intentaba definir la especificidad de un discurso femenino tomando como objeto de estudio un *corpus* de textos escritos por mujeres, pero no se habría llegado a un nivel más general, en el que se empieza a acometer la re-lectura de períodos enteros de la historia literaria, buscando construir una tradición femenina mediante un trabajo arqueológico y el estudio de la producción de escritoras poco o nada conocidas y apenas valoradas por el mundo académico” (“Género”, en *Deseo y ficción doméstica* de Nancy Armstrong, *Feminismos*, 1987, p. 7). A diferencia de lo que sostiene la autora, no encontramos, por tanto, nuevos recursos narrativos o estrategias lingüísticas diferentes.

M. EUGENIA HERRERA LIMA

Universidad Nacional Autónoma de México

LOUISE DABÈNE, *Repères sociolinguistiques pour l'enseignement des langues*. Hachette, Paris, 1994; 191 pp.

Louise Dabène, profesora de lingüística y didáctica de lenguas en la Universidad Stendhal (Grenoble III), ha estudiado, de manera general, factores que intervienen en la variación de situaciones de enseñanza-aprendizaje. Dentro de este campo, sus principales líneas de investigación se